

CONTIENE

artículos religiosos, de moral, de viajes, de costumbres, de higiene, de economía doméstica, novelas, cuentos, leyendas, anécdotas, poesías, charadas, jeroglíficos, acertijos, logogrifos y noticias diversas.

Se publica los días 1.º y 16 de cada mes, y consta cada número de ocho páginas.



REPARTE

mensualmente una pieza de música primorosamente litografiada, y en cada número un gran pliego de dibujos para bordar, cuajado de orlas, festones, grecas, escudos, alfabetos, cifras, emblemas y otras caprichosas y variadas fantasías.

Se insertan anuncios á precios convencionales.

LA GUIRNALDA,

PERIÓDICO QUINCENAL, DEDICADO AL BELLO SEXO.

Año I.

Madrid 16 de Octubre de 1867.

Núm. 20.

SUMARIO.—Presentacion de LA GUIRNALDA á SS. MM.—La Mujer (Conclusion), de D. Juan Ramon Sainz.—Quejas y Consejos: Á D. A. M., de D. Jerónimo Moran.—Nuestra Señora del Pilar, de D. V. Olivares Biec.—La Alegría de los niños, de D. Mariano Carderera.—Las Dalias: (En la Exposicion universal).—Zaragoza en su Virgen del Pilar: Soneto, de D. Manuel Lasala.—Las dos Huérfanas: (Continuacion), de D. Rigoberto Alberola.—Teatro Real.—Miscelánea.—Charada-acertijo.—Jeroglífico.—Explicacion de los dibujos.—Correspondencia.—Anuncios.—Pliego de dibujos, de D. J. Magistris.

PRESENTACION DE LA GUIRNALDA Á SS. MM.

El domingo 6 del corriente mes, nuestro compañero D. Vicente Olivares Biec, tuvo el alto honor de poner en manos de SS. MM. dos colecciones de LA GUIRNALDA.

La acogida no pudo ser más benévola y afectuosa. S. M. la Reina, que ya tenia conocimiento exacto de la publicacion, no solo se dignó aceptar la coleccion que el Sr. Olivares le presentaba, sino que tambien le manifestó cuánto agradecia el recuerdo que consagrábamos á su augusta Hija al ofrecerle otra coleccion igual, lujosamente estampada, de todo lo publicado.

SS. MM. se enteraron con el más bondadoso detenimiento de cuanto hemos hecho para elevar el periódico á la altura en que se halla, y despues de declararse protectores de la publicacion y de honrar con sus nombres la lista de nuestros suscritores, dieron á besar al Sr. Olivares sus reales manos,

terminando de este modo tan satisfactoria audiencia.

Aprovechamos la primera ocasion que se nos presenta para estampar en las columnas del periódico, la expresion de nuestro más profundo reconocimiento.

LA MUJER.

(Conclusion.)

¡Cuán diferente aspecto nos presenta la sociedad del paganismo! Veamos lo que era para la mujer la decantada civilizacion de la Grecia. La repugnante llaga de la esclavitud se extiende por el cuerpo social, y como consecuencia natural de esta perversion de la rectitud humana, la mujer pierde su personalidad y todas las consideraciones debidas á su sexo: ya no es la compañera del hombre, es solamente un objeto de deleite entre los Eolios, un ser aprovechable, aunque insignificante, entre los Jonios; toda su importancia se reduce á su belleza; su amor, no obstante, pierde todos los encantos del espíritu, y concretado á la grosería de la materia, réstale por único atractivo

la voluptuosidad. ¡ Vergüenza dá el pensarlo; vergüenza el leer las escenas amorosas de Elena y Paris en Homero; los apóstrofes denigrantes de Esquilo; vergüenza, en una palabra, las escandalosas comedias de Aristófanes!

Pero esto no podia ser eterno: largo fué el eclipse que sufrió sobre este punto el entendimiento humano; pero la plenitud de los tiempos llegó al fin, como el Señor lo tenia decretado.

Ya las setenta semanas del profeta Daniel se han completado; todas las demás profecías se han cumplido tambien, y segun los santos vaticinios tiene lugar el portento de Belen, suceso tan grande como trascendental, que siendo la bella esperanza de la regeneracion universal, ilumina con su esplendor aquellos tiempos del extravío y del error.

Jesucristo predica su doctrina y establece una religion, cuya base es el amor universal, llevado hasta sus últimas consecuencias, hasta el sublime precepto: *amad á vuestros enemigos*. ¡ Admirable doctrina, que por lo nueva, así sorprende al sábio, como estremece los cimientos de la sociedad antigua! ¡ Admirable doctrina, jamás escuchada en todos los ámbitos del globo! A su influjo poderoso desaparecen, como por encanto, las diferencias entre el hombre y la mujer, porque los llama iguales y compañeros: derriba la esclavitud, las diferencias de castas y razas; anatematiza la poligamia y la bigamia, que tanto rebajan á la mujer; borra la diferencia establecida entre estériles y casados; proclama en favor de la mujer uno para cada una; eleva el contrato á la dignidad de Sacramento; pone al matrimonio el sello de indisolubilidad, y se inaugura, en fin, para la mujer cristiana, radiante de belleza, la nueva era de su feliz regeneracion.

Hé aquí, queridas lectoras, la mujer bajo la influencia del cristianismo. ¡ Cómo se trasforma todo; el individuo, la familia, la sociedad, el mundo entero! ¡ Cómo se ensalza, cómo se sublima la mujer al soplo de la palabra divina! Recuerdos, ruinas, escombros por todas partes de instituciones absurdas, de principios inhumanos, de sistemas reprobados; álzanse prepotentes, en cambio elevadas doctrinas, filosóficos principios. Dios ha hablado y la mujer se redime, el mundo se regenera..... El momento de la civilizacion asoma, la mitad del género humano se emancipa, y la tierra se estremece de alegría. ¡ Qué cambio, qué trasformacion!

Respecto á la influencia social de la mujer en todo ese ciclo que comprende desde la edad media hasta nuestros dias, mucho es lo que pudiera decirse; sin embargo, partiendo del principio que toda importancia social necesariamente ha de ser escasa, siempre que no se encuentre basada en los derechos fijos y estables de la familia, diremos que toda ella está reasumida en la época caballeresca, período de vértigo y de exaltacion que conduce hasta la extravagancia á la pasion amorosa del hombre. ¡ Y raro contraste! La mujer tan poco considerada en el hogar doméstico, llega á ser el bello ideal que domina en las batallas, en las córtes, en los torneos, en todas partes: sin embargo, toda esa importancia fué solamente exterior, fastuosa, de aparato, de mucho efecto, pero nunca verdadera, intrín-

seca y formal. En el fondo de esos torneos, de esos juegos, de esos alardes caballerescos, de esas fiestas palacianas, no se vé más que el delirio de un momento y la exaltacion de una época; un fenómeno, *sui generis*, de un tinte particular, con carácter religioso, pero no un pensamiento fijo, una conviccion profunda, preparada, científica y social; no, en fin, un plan armoniosamente preconcebido de dignidad y emancipacion de la mujer: un fuego fátuo tan solo, un meteoro que fascina en vez de iluminar, que irradia hasta cegar en su rápida carrera, sin dejar medio á la mente que pueda ilustrarla sobre la razon de su existencia.

En el estado presente de nuestra civilizacion, la mujer ocupa, segun nuestro humilde sentir, el verdadero rango que la corresponde. Es verdad que los espíritus turbulentos que intentan llevar su hidrofobia trastornadora hasta lo más íntimo y sagrado de la conciencia humana, procuran imbuir al bello sexo ideas estrambóticas que tienden á separarle de su hermoso camino; pero como los delirios nunca pasan desde las cabezas calenturientas á la region de los hechos, esas predicaciones pasarán como ecos perdidos, no dejando más huella que la que se conserva de otros desvarios, no menos ridículos, de imaginaciones insensatas.

¿ Podeis aspirar á más que á ser el alma de nuestra vida? No, seguramente. La mujer es, pues, por el espíritu divino de la civilizacion cristiana, el iris bello que sonríe y anima constantemente al hombre en su peregrinacion sobre la tierra. Flor de confortadora esencia á que van dirigidos nuestros primeros vagidos en la cuna; cuando más tarde sufrimos el cruel dolor de perderla ¡ á nuestra madre! viene á remplazarla otra que ha de ser á su vez madre de nuestros hijos: por eso en esa cadena, nunca interrumpida, la mujer aparecerá siempre en toda su grandeza, siempre será á los ojos del filósofo cristiano, la madre de la humanidad!

JUAN RAMON SAINZ.

QUEJAS Y CONSEJOS.

Á D. A. M.

Por el mar de la esperanza
navega mi corazon,
y aunque el término no alcanza
piensa ver en lontananza
un puerto de salvacion.

Y así, temiendo y bogando
entre escollos y bajíos,
paso la vida esperando
la imagen acariciando
de los pensamientos míos.

Tú entras tambien en la mar,
más deja mi rumbo incierto
que me lleva á naufragar
si anhelas pronto arribar
á tu suspirado puerto.

Pues aunque blanca es la estrella
que en mi viaje me ilumina,
y aunque tan clara es su huella
cuanto más voy en pos de ella
más y más me descamina.

Déjame aquí con mi mal,
y pues tan lindo lucero
te convida celestial,
cruza esos mares ligero,
sin temor al vendaval.

Que el puerto de salvacion
donde vá mi alma afligida,
está en la imaginacion...
es una dulce ilusion
y esa ilusion es... mi vida.

JERÓNIMO MORAN.



NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

Reciente todavía el sacrificio cruento del Hijo de Dios en el Calvario, en el que tan provechosa enseñanza recibieron los Apóstoles y discípulos, fué necesario cumplir desde luego la voluntad del amoroso Maestro, y partir cada cual hacía el punto que tenía designado.

Loca empresa, dirá el que vea salir aquellos hombres rústicos, sin más armas que su palabra, con el fin de regenerar al mundo, si no acude á la fé que le haga comprender que hay en este hecho algun portentoso milagro.

Cuando el pueblo cartaginés y el romano solo habian podido extender su poder é imponer sus dioses derramando torrentes de sangre; cuando todavía existian pueblos apenas dominados por la traicion, que habian resistido las vencedoras legiones de uno y otro, y que dejaron como únicos trofeos de sus victorias, montones de cadáveres y de cenizas, ¿podia creerse que la palabra seria escuchada por aquellos hombres, y que abandonarían por este medio las creencias é instituciones que habian defendido con tanta insistencia como heroismo?

Dirigid, Santos Apóstoles, vuestros pasos hácia Roma, que debilitada por los más repugnantes vicios, no tiene fuerza en su brazo para empuñar la espada con que en otro tiempo se hizo la señora del mundo. Allí no encontrareis más enemigos que los tiranos que ocupan su trono, porque sus creencias han desaparecido; no os hallareis con el amor á la patria que ofrezca insuperable obstáculo para alterar leyes, instituciones y costumbres, porque todo les es indiferente mientras no les falten el *pan* y los *circos*.

Mas ¿á dónde vas, intrépido Apóstol? ¿Te ha dejado ver el entusiasmo que tienes por extender rápidamente la religion de Cristo, el pueblo en que acabas de poner tu planta? Pregunta en Roma, entérate en el Capitolio de los antecedentes de España, y verás temblar las águilas imperiales vencidas cien veces en el suelo que pisas, cuando recorrian en triunfo todas las partes del mundo entonces conocido. Grande es, Santiago, tu intrepidez; reconocido es tu arrojo entre todos, que te llaman el *hijo del trueno*;

pero tu bien templado espíritu vá á luchar con la constancia y entereza más indomables, como que están formadas en los mismos campos de batalla.

Y así sucedía; pues recorrió gran parte de nuestro territorio sin haber podido conseguir más que una conversion á la fé del Crucificado.

Santiago, lejos de desmayar á la vista de tal resultado, cobró mayores brios y decidió trasladarse á Cesaraugusta, centro de la influencia romana, y pueblo que tanto valor habia demostrado en las guerras con los enemigos de su independencia.

Después de incesantes trabajos, ocho varones pudo asociar á su santa empresa en aquella ciudad que le ayudaban durante el día en las tareas de la predicacion, y que le hacian compañía por la noche en el lugar á que se retiraban, situado en las márgenes del Ebro, para pedir los divinos auxilios que tan necesarios les eran, y entregarse breves momentos al descanso.

La noche del 2 de enero del año 40 de la era cristiana estaba serena y apacible; los ténues resplandores de la luna rielaban en las cristalinas corrientes del caudaloso rio, cuyas aguas rizaba una brisa ligera; el silencio más profundo reinaba en la ciudad: solo vigilaba un pequeño grupo de hombres, cuyas manos se levantaban alguna vez hácia el cielo en ademan de súplica. Eran Santiago y sus discípulos que demandaban las luces divinas para que aquel obstinado pueblo, dejase de presentar tan tenaz resistencia á la propagacion del Evangelio.

Sus súplicas fueron escuchadas. La misma Madre de Dios trasportada en trono de nubes desde Efeso, en donde vivía, y llevando tambien una columna de mármol y su sagrada efigie, obra de los mismos ángeles, se presentó en las márgenes del Ebro, donde se hallaba el hijo del Zebedeo con sus discípulos, á quien entregó tan inapreciables presentes, diciéndole que sobre aquel Pilar establecia su trono en la tierra; que era su voluntad que le construyese en aquel mismo sitio una capilla, y que no solo se obrarían por su intercesion maravillas sin cuento, si no tambien que la columna que le entregaba permaneceria allí hasta la consumacion de los siglos.

Absorto el Santo Apóstol en la contemplacion de tal maravilla, todavía fijaba sus ojos en el cielo, no obstante haberse ocultado ya hácia rato la Madre de Dios: imposible hubiera creído la verdad de lo que estaba viendo si al volver de su profundo éxtasis no hubiera encontrado la prodigiosa columna y la sagrada imágen en señal de que era cierta la aparicion.

Redobláronse sus fuerzas, porque MARÍA le ayudaba en su obra; y con tan fuerte apoyo, asido á aquella columna, no solo vió propagarse rápidamente la religion de Jesus, si no que consiguió que muy pronto hubiera en Zaragoza defensores denodados que habian de ser más tarde innumerables mártires de la religion ó de la independencia de nuestro país.

Los que examineis los acontecimientos del mundo con los ojos de lo que llamais filosofía crítica, explicad el cambio repentino en el pueblo español desde el momento de la venida de MARÍA á Zaragoza. ¿No es el mismo pueblo que

no pudo domeñar Cartago, y en el que Roma sufrió descalabros de tal importancia que llegaron á marchitar sus siempre verdes laureles?

Las mismas águilas de Napoleon, que habian rasgado con sus garras tantas púrpuras reales, ¿no encontraron en Zaragoza un obstáculo que hirió profundamente su orgullo, presagio de la más completa derrota? ¿Qué significa que aquellos ejércitos acostumbrados á imponer su voluntad al mundo, no pudieran saltar las débiles murallas de la ciudad defendida por sus mismos habitantes, y que tuvieran que pactar una capitulacion entre cuyas condiciones figuraba la de que sitiados y sitiadores habian de presentarse á MARÍA á darle gracias por la terminacion de tan sangrienta lucha? Los ejércitos de Marengo, es verdad, entraron en Zaragoza, pero mediante una capitulacion siempre bochornosa para quien habia recorrido en triunfo el mundo entero.

Entrad, pues, en la angélica capilla de MARÍA, de la invicta ciudad; y cuando veais que un inmenso número de fieles rodea el Santo Pilar, desde antes de salir el sol, hasta que las tinieblas de la noche hace mucho rato que cubren las calles de aquella capital, no podreis menos de reconocer que está allí el dedo de Dios, y que una devocion tan sólida no se sostiene sino es porque como lo prometió la Señora, desde su trono de Zaragoza derrama diariamente bendiciones sin cuento á su escogido pueblo.

V. OLIVARES BIEC.

Aprobado por la censura eclesiástica.

LA ALEGRÍA DE LOS NIÑOS.

¿Qué es lo que vivifica los tiernos renuevos de la humanidad si no es la alegría? Puedo sufrir á un hombre abatido y melancólico, pero me atormenta un niño triste. El hombre, sea cual fuere la pena en que se halle sumergido, puede volver los ojos al imperio de la razon y de la esperanza, mientras que el niño, cercado y oprimido por la amargura del momento, no es capaz de ver más allá.

El niño, á mi juicio, siente lo mismo ante un cadalso, que al ver arrastrarse á la mariposa despues de cortarle las alas, como si fuera una oruga. Siente dolor profundo, sin pasado, ni porvenir, sin conciencia de su culpa, antes bien con el convencimiento de su inocencia. Pero sus dolores son nubes pasajeras, así como sus regocijos dias claros y serenos, segun lo demuestra la satisfaccion con que en medio de los sinsabores de la vida recordamos los placeres de la niñez, olvidando sus pesares.

Apartemos, pues, de su alrededor cuanto conduzca á contristarles, teniendo presente que el reducido techo de la cuna se anubla con mayor facilidad y más pronto, que el estrellado cielo que cubre la mansion del hombre.

Con la alegría todo prospera menos la ponzoña. La verdadera alegría, que no se confunde con el placer, es compañera inseparable de la virtud. La recompensa que nos espera en otra vida perdurable, no es un cielo de placeres,

sino el puro, claro y eterno aliento de celestial alegría, que emana de la vision beatífica del Todo bienaventurado.

El hombre alegre seduce y penetra hasta el corazon, mientras que el enojado y descontento inspira antipatía y nos obliga á volverle la espalda. Así como el placer se consume en sí mismo, la alegría es una estrella luminosa que girando en su órbita, se reproduce y regenera sin perder de su esplendor ni causar hastío.

Los niños deben vivir, en lo posible, como en un paraíso, á la manera que durante su inocencia vivieron nuestros padres, que fueron en realidad los primeros niños, alejados de los placeres, que en lugar de constituir el paraíso, lo pierden. La actividad, el movimiento, entretiene su bienestar y alegría, y los aparta de los placeres de los sentidos, que en lugar de un calor vivificante producen un fuego que abrasa. Al ver el niño un juguete, experimenta placer y al usarlo alegría; y esta alegría es la que debe fomentarse, porque es la que influye en su alma y fortalece su actividad.

La temprana flor de la alegría dará en su tiempo frutos sanos y agradables. Una piadosa tradicion nos enseña que la Santísima Virgen María no lloró siendo niña.

El Tasso tampoco lloró durante su niñez.

MARIANO CARDERERA.

LAS DÁLÍAS (I).

(En la Exposicion universal).

En la exposicion florícola del jardin de horticultura, las rosas dejaron su puesto á las dálías durante la última quincena, lo que equivale á decir, que la modestia tuvo que ceder el campo á la vanidad. La dália es, efectivamente, un emblema de la soberbia y altanería de que no se halla exento el mundo de los jardines: tiene abalorios y pergaminos, crece con más rapidez que las otras flores, se levanta sobre todas las que la rodean, las cubre desdeñosamente con su follaje, multiplica hasta lo infinito los colores que opone á los rayos del sol con insolente atrevimiento, y disfruta el aura de la popularidad, así como los caprichos de la moda. Pero para que en todo se descubra un principio eterno de justicia, la naturaleza ha negado á la dália el aroma que concede á otras flores menos bellas, y en cambio de su aparente virilidad, le ha dado una endebles interior que no envidiarían por cierto sus más humilladas rivales: la dália, con todo su lujo de vestidos, con toda su arrogancia de proporciones, con toda su esplendidez de matices, es la primera flor que sucumbe al hálito del invierno. Podría muy bien ser comparada á una mujer hermosa sin talento y sin sangre: magnífica para un espectáculo de los ojos, pero punto menos que inútil para el trato del alma.

Aun se siente dentro del invernadero donde reina con esplendor incomparable, el delicioso aroma que dejaron las pobres compañeras de la quincena anterior, barridas despiadadamente por el impetu revolucionario de la moderna floricultura, y como el génio á quien se arroja de su alcázar de gloria deja inscrito en las paredes un testimonio elocuente de su paso, que no puede me-

(1) Creemos que será acogido con agrado por nuestras lectoras el presente artículo, tomado de la *Revista de la Exposicion universal*, que se publica en Paris.

nos de humillar al que sin títulos lo sustituye: así las rosas se dejaron allí el trasunto de su existencia para mortificación de la vanidad de las dalias. Un ciego que entrase en el local diría que estaba rodeado de rosas, como si entrara en un salón de mujeres bellas que no supieran responder á sus preguntas, diría que estaba solo; y esta equivocación de los ciegos es una medida exacta del valor absoluto de cosas y personas. Las dalias son unas señoras que no saben hablar: las rosas son unas flores que huelen hasta después de muertas.

Tan cierto es lo que decimos, que la mayor preocupación de los floricultores consiste en estudiar la manera de introducir un aroma en el cuerpo de la dalia. Muchos ensayos se han hecho, muchos métodos se han intentado; pero la dalia sigue inodora, como sigue sin talento la criatura á quien la naturaleza se lo negó en absoluto. Para compensar esta falta los jardineros se han fijado en el color, que es lo que hasta ahora responde á sus afanes; y justo es decir que los franceses juegan con el color de las dalias como con el color de las telas: bajo este aspecto la exposición es muy notable, pues aun cuando no han alcanzado todavía el fantasma de la dalia azul para el que tantos premios hay ofrecidos, las tienen ya negras, muy hermosas, y otras de color de amaranto con corona blanca que parecen manchadas por un miniaturista. Sin embargo, las dalias francesas, únicas que existen en el jardín de horticultura, como es natural, no llegan ni con mucho á las de la familia belga, que pasa por la mejor, ni aun á las de la especie española aclimatada recientemente en nuestros jardines; el arte por asiduo é inteligente que sea, no puede sustituir en toda su extensión á las condiciones naturales del suelo; y para flores como para frutos no es el suelo de Francia el más privilegiado de Europa ciertamente, aunque el arte francés no deja nada que desear en su comparación con todas las restantes.

Las dalias de la actual exposición, que en infinito número y variedades sin término presenta la floricultura francesa, nos parecen un alarde de ingenio más caprichoso que útil; nosotros preferiríamos ese trabajo sobre plantas y flores que á la belleza de la forma uniesen los atributos de la esencia; pues flores sin olor en que se invierten tanta actividad y tantos afanes, no pueden menos de traer á la memoria el enorme trompetón que cierto ganapan sopla en un concierto sin producir sonidos, y que le obligó á exclamar cuando no querían pagarle su estéril trabajo:

—«¡Pues si este instrumento sonara...!»

ZARAGOZA EN SU VÍRGEN DEL PILAR.

SONETO.

Cual prenda de su amor quiso María,
Antes de alzarse á la mansión del cielo,
Dejarnos con su imagen el consuelo
De verla y adorarla cada día.

Y el empeño á los ángeles confía
De labrarle su Efigie; y en su anhelo
Por buscarse morada acá en el suelo
El orbe con su mente recorría.

Pero designa el sitio, en que su asiento
Iba á fijar, y en su elección se goza:
Y al contemplar el celestial contento
Que á su cortejo angélico alborozó,
Dijo (uniendo al de Dios su pensamiento):
«Mi córte de este mundo es Zaragoza.»

MANUEL LASALA.

LAS DOS HUÉRFANAS.

Arreglo del francés.

(CONTINUACION.)

Una tarde en que se hallaba dominada por estas ideas aquella excelente amiga, fué á visitar á las dos huérfanas, y después de abrazarlas cariñosamente, preguntó á María cuál era la causa de la agitación que notaba en su semblante. Aprovechando ésta una momentánea ausencia de su hermana, comenzó á referirle las sospechas que le inspiraba la conducta del tutor; pero fué tal la turbación de la señora de Alvarez, demostraba tan á las claras el profundo dolor que le causaba aquella importante relación, que no pudo menos de despertar el interés de María, decidiéndola á preguntarle el motivo de sensación tan marcada.

La señora de Alvarez, hondamente conmovida por tan triste narración, al ser interrogada por aquella niña candorosa, no pudo resistir más, y deshecha en amargo llanto, se abrazó fuertemente á la pobre huérfana, que no podía darse explicación de cuanto pasaba, cayendo por último sin sentido en sus débiles brazos.

Á las voces de socorro que daba María, á quien también iban faltando fuerzas para resistir aquella tan alarmante como inesplicable escena, acudió Luisa y una antigua doncella de la señora de Alvarez, llamada Juana, que generalmente la acompañaba á todas cuantas visitas hacía. Juana, para quien no era nuevo el suceso que de un modo tan extraordinario había alarmado á María y Luisa, procuró tranquilizarlas asegurándolas que era una pasión de ánimo procedente de algún triste recuerdo, y que cedería fácilmente con un pequeño reposo.

Acostaron, pues, á la señora de Alvarez en la cama de Luisa, á quien pertenecía el gabinete en que estaban, y retirándose de su lado por consejo de su antigua sirvienta, principió María á referir en voz baja lo sucedido, como si deseara explicar su conducta, ya que nadie había presenciado el origen de aquel contratiempo.

Bien pronto conoció Juana que aquella relación había despertado fácilmente en su señora los recuerdos que tanto acibaraban su existencia, principalmente por no decidirse á romper el silencio que guardaba hacia tantos años con aquellas niñas que tan frecuentemente avivaban su dolor, y de las que por otra parte nunca pudo separarse: y aprovechando esta ocasión tan propicia que le facilitaba además el medio de tranquilizar á María, impresionada fuertemente con lo ocurrido, ofreció darles explicación de todo si le prometían la más completa reserva, y si la prestaban apoyo, como no dudaba, para ir apartando de su señora tan tristes recuerdos.

El momento no podía ser más solemne, y María y Luisa, á quienes tanto interesaba la suerte de su buena amiga, esperaban con impaciencia que Juana diera principio á la prometida revelación, disponiéndose á escucharla atentamente, después de haber dejado profundamente dormida á la señora de Alvarez.

Juana, que á pesar de su condición humilde, estaba dotada de un claro talento, y sobre todo, tenía la más recta intención y profesaba un grande cariño á su señora, en cuya compañía vivía hacía ya muchos años, siendo al mismo tiempo la persona de su confianza, era la depositaria de todos sus secretos; es verdad que los que de aquella señora podían considerarse tales, eran sucesos capitales de su vida, en los que había desempeñado muchas veces un importante papel esta sirvienta.

María y Luisa, que por la impaciencia que sentían no veían llegar el momento en que Juana les refiriese dicha historia, le manifestaron que estaban dispuestas á escucharla y á hacer todo cuanto pudieran para consolar á su buena amiga.

Después de una pequeña pausa, Juana dió principio á su relacion del siguiente modo: «Hija mi señora de un rico abogado de Valencia, recibió de su cariñoso padre una esmerada educacion, con la que no solo consiguió inspirar en su tierno corazon las más estimables virtudes y la afición al trabajo, sino que también procuró rodear su inocencia del más exquisito cuidado para hacer menos sensible la falta de su buena madre, que dejó de existir en el momento de nacer su Dolores. El resultado de aquel plan no pudo ser más satisfactorio, pues el cariño filial llegó á encarnar tan profundamente en mi señora, que aun hoy mismo recuerda con frecuencia á su bondadoso padre, y más de una vez he visto brillar en su ojos abundantes lágrimas que brotaban por el recuerdo, según ella decia, de los primeros alhores de su vida trascurridos al abrigo de tan benéfico apoyo. Durante los quince años que pasó al lado de su padre fué, sin duda, completamente feliz, por más que alguna vez nublaste aquella satisfaccion, ver afligido al autor de sus dias al considerar que su inolvidable esposa no podia compartir con él los ratos deliciosos que pasaba al lado de su querida hija. Aquella situacion, sin embargo, no podia durar ya mucho; pues si bien tan buena hija se afirmaba más de una vez en el propósito de no separarse jamás de la compañía de su padre, conocia éste que era imprescindible pensar en que aquella abrazase nuevo estado, pues aunque le era sensible esta separacion, y no se le ocultaba la dificultad de elegir con acierto la persona que hubiera de hacerla feliz de entre las muchas que aspiraban á este honor, movidas quizás por la belleza de su hija, y más que todo, por sus riquezas, se decidió á pensar seriamente en la eleccion del que habia de ser el compañero de Dolores, recayendo esta, por fin, después de largas meditaciones y de informes tomados por diferentes conductos y personas, en D. José Alvarez, perteneciente á una distinguida familia de aquella ciudad, y que empezaba el ejercicio de la abogacia augurando un brillante porvenir.

El señor de Alvarez, persona muy apreciada por su excelente trato social, tenia puesto todo su empeño en conseguir nombre y popularidad: deseo que, después de los primeros dias de haberse celebrado el matrimonio, le arrancó casi completamente de su nuevo hogar y de la compañía de su mujer, haciendo poco á poco su alma insensible á la dulzura de la familia, formando un carácter brusco que antes no tenia, y haciendo que siempre tuviera reconcentrada su inteligencia en los asuntos de la política, que generalmente absorbían hasta tal punto su atencion, que ni aun le permitían dirigir la palabra á su cariñosa esposa, en los cortos momentos que para comer ó dormir permanecía en casa. Sin embargo de esta conducta, su mujer á los ojos de todos, aun á los de su mismo padre, era feliz; pues si bien necesitaba de un grande esfuerzo para disimular la pena que ahogaba en su pecho, y hacer asomar á su semblante una dulce sonrisa, creia, como ahora mismo dice, que hubiera sido hasta un crimen proporcionar á su virtuoso padre el disgusto de participarle la infelicidad del esclusivo objeto de su cariño; así es que cuantas veces se presentaba en su casa y extrañaba la ausencia de su esposo, otras tantas inventaba ocupaciones que habian hecho imprescindible su salida.

El señor de Alvarez, en medio de todo, no dejaba de visitar con alguna frecuencia al padre de su mujer, logrando desvanecer así hasta la más ligera sospecha; situacion que se hubiera prolongado indefinidamente, si el rostro de su mujer no hubiera demostrado con evidencia los padecimientos que la atormentaban.

Apremiada, pues, por su padre para que le manifestase la causa de aquella tristeza que hacia tiempo descubria en su semblante, tuvo por fin que descubrirle el motivo de su pena, con cuya revelacion conoció, aunque tardíamente, la razon que habia tenido su hija para manifestar su oposicion, que él creia caprichosa, á celebrar aquel enlace.

Enterada, por tanto, la familia de la conducta de Alvarez, no tuvo éste que guardar ya consideracion ninguna, concluyendo por abandonar á su mujer y entregarse sin reserva á toda clase de extravios.

Me es imposible pintar con sus verdaderos colores aquellos dias de tanta amargura. Mi pobre señora, abandonada de su marido en los momentos en que se hallaba próxima á ser madre, no podia retirar de su imaginacion la idea de la suerte que aguardaba al fruto de sus entrañas con la educacion que recibiera al lado de aquel hombre: y aquel virtuoso anciano, lleno de pena en los últimos dias de su vida, deseaba estar siempre al lado de su hija, por más que su presencia fuese un terrible torcedor para quien era causa de tamañas desdichas.

Esta consideracion, el ver que Alvarez habia disipado entre desórdenes y prodigalidades la cuantiosa dote de su hija, cuando ya no podia reponer su fortuna del terrible golpe que habia recibido con la quiebra de un opulento banquero, en cuya casa habia depositado el fruto de su trabajo y economías de su larga vida; minaron de tal modo y tan precipitadamente su existencia, que falleció á los dos años de la celebracion de aquel matrimonio, desgracia que sumió á su hija en el más profundo dolor. La oracion fué desde entonces nuestro único consuelo, pues si bien no podia desaparecer en aquellas tristes circunstancias la pena que en una y otra produjo tan irreparable pérdida, elevando nuestra alma al Criador, nos alejábamos al menos de la desesperacion que tan fácilmente se apodera de aquel que no busca en Dios el consuelo, cuando pesa sobre él alguna desgracia.

Ni aun esta pérdida irreparable, ni la inocente sonrisa de la niña que habia concedido el cielo á aquel desgraciado matrimonio, ablandaron el corazon ya empedernido del señor de Alvarez, que entregado á toda clase de desórdenes, y principalmente al juego, no solo no proporcionaba á su mujer los recursos necesarios para sostener los gastos de la casa, sino que hasta sacaba de ella, ya que otra cosa no existia, las alhajas y objetos de algun valor para continuar en sus despilfarros.

Perseguido por último con insistencia por sus muchos acreedores, resolvió salir de su país natal y establecerse en Zaragoza, en donde residia un próximo pariente de su padre bastante bien acomodado, considerando quizás, por último, que apartándose de los amigos de quienes se acompañaba generalmente, podia cambiar de vida con más facilidad, y dedicarse al cuidado de su mujer ó hija, que contaba ya quince meses.

Salimos los cuatro de aquella ciudad con tan laudable propósito, llegando á Zaragoza sin recurso de ninguna clase; pero sea que el señor de Alvarez desconocia la poblacion, ó que no fué recibido por su tio como se esperaba, ó también que los propósitos formados al tiempo de salir fuesen, por desgracia, ilusorios, el caso es que su mujer se encontraba sin recurso de ninguna clase para sostener sus ya débiles fuerzas, faltándole el pequeño auxilio que con mi trabajo podia proporcionarle cuando nos hallábamos en Valencia, y que aqui no habia tenido tiempo de buscar todavía.

La situacion no daba treguas; los momentos eran apremiantes; aquella madre y su hija desfallecian por instantes, y yo que no las habia abandonado jamás, y principalmente desde que por su apurada posicion podia prestarles algun auxilio dedicándome á la costura, me decidí á salir á la calle para implorar la caridad pública, á fin de poderles llevar algun pedazo de pan.

RIGOBERTO ALBEROLA.

(Concluirá en el número próximo.)

TEATRO REAL.

El día 10 del corriente mes se han inaugurado las funciones del régio coliseo en la presente temporada, poniéndose en escena la ópera del maestro Halevy *L' Ebreá*, estrenada en París el año 1835, y que con tanta ánsia era esperada por el público madrileño.

Escusado parece decir que el teatro estaba brillante. Nuestras aristocráticas damas lucian elegantes trajes y riquísimos prendidos, si bien se advertía la ausencia de algunas que todavía tienen empeño en alargar el verano, no obstante los suspiros heladores que nos envía el empinado Guedarrama.

El corto número de representaciones que hasta hoy se llevan dadas, nos impide formar un juicio exacto del resultado que hayan de producir algunas alteraciones hechas en la dirección facultativa del teatro. El estreno de una ópera, y mucho más teniendo lugar al principio de temporada, no puede ser la piedra de toque para conocer cuanto se ha de hacer en el resto del año.

Cuando no ha podido ponerse á prueba la constancia de los directores, que al encargarse de un trabajo tan penoso, siempre se ven animados de los mejores propósitos; cuando dura todavía en ellos el calor con que se emprende una nueva tarea, nada extraño es que se haga un esfuerzo por demostrar que no faltan fuerzas para desempeñar el cometido. Nosotros nos alegraríamos mucho no tener que censurar en ninguna otra ópera más descuidos, quizás no son defectos, que los que pudiéramos señalar en *L' Ebreá*, hijos en su mayor parte de tradiciones viciosas del teatro Real, que es necesario desarraigar á todo trance.

Las óperas deben representarse; y en este sentido los coros hacen muy pocas veces lo que deben. ¿Tan poco ha adelantado la música en la ejecución de las óperas, que los coros no deben hacer más que alargar periódicamente uno á otro brazo en todas cuantas situaciones puedan presentarse? Pero no nos hemos propuesto escribir una revista musical, que dejamos para otro número, pues no queremos proceder con ligereza. Anticiparemos, no obstante que por lo que hemos visto sospechamos, que los nombres de Tamberlick, Bonnéehe y Selva, que figuran en los carteles, están como para dar sombra á otros varios, de los que se prescinde á trueque de esuechar á tan grandes maestros.

No queremos decir con esto que juzguemos desfavorablemente antes de presentarse á algunos artistas que nunca hemos visto en nuestra escena, aunque á decir verdad alguna sospecha nos infunde el que muchos de ellos no vengán precedidos de la reputación que ningun artista deja de alcanzar hoy, aunque no sea de un mérito sobresaliente. Por lo demás, como no tenemos contraído compromiso alguno, haremos la justicia que comprendamos sin consideración de ninguna clase.

MISCELÁNEA.

Es muy posible que la pieza de música que repartamos con el siguiente número sea una verdadera sorpresa flarmónica y literaria; y aunque con gusto romperíamos el secreto con nuestras suscriptoras, que nos merecen toda confianza, tenemos que guardar la reserva que hemos prometido.

Los solemnes cultos que se están celebrando á Nuestra Señora del Pilar en la iglesia de Monserrat de esta córte, terminarán el día 20 con una gran función á que están invitadas SS. MM.

La condesa de la Cañada y la señora del general Gasaet, han sido condecoradas con la banda de damas nobles.

La Cámara Alta de Washington parece un taller de modista, á juzgar por la cuenta de gastos suscrita por el Sr. Forney durante la legislatura pasada, que terminó el 4 de marzo. Dicho documento, suscrito por el secretario del Congreso, está impreso por órden de dicho cuerpo, y es como sigue:

	PESOS.
Por 909 corta-plumas.	2,322'90
1,840 pares de tijeras.	1,514'10
Esponjas	364'75
210 pares de guantes de cabritilla.	525'00
856 carteras y libritos de memorias.	2,330'25
309 cepillos.	324'35
556 acericos!!!.	60'00
1,085 cajas de plumas.	1,895'65
2,808 lapiceros.	725'25
2,876 1/2 resmas de papel.	4,092'40
1,807,457 sobres de cartas.	10,904'25
Periódicos y semanarios.	3,266'00
Total.	25,024'90

La Cámara se compone de cincuenta y dos, pues no están representados en ella los Estados del Sur.

Lo que más llama la atención en esta cuenta, no es que se gaste tanto papel, tanto sobre y tanta pluma, sino las partidas relativas á corta-plumas, tijeras y acericos, pues hace presumir que cada senador es un verdadero arsenal de artimas cortantes y punzantes, ó un barallero, porque á cada uno le corresponden 18 corta-plumas, 36 pares de tijeras y 10 acericos, estrañándonos mucho no se incluya en la cuenta la partida de afileres.

La comedia *En Casa del gaitero*... arreglada á nuestra escena, de la que con el título *La Famille Benoiton* está llamando la atención en París hace ya tanto tiempo, ha fracasado, no obstante los esfuerzos hechos por algunos de nuestros colegas para aliviar este percañe de la empresa del teatro de Jovellanos.

Ayer debieron contraer su anunciado enlace la bella hija de los duques de Medinaceli y el hijo mayor de los duques de Escalona. El magnífico *trousseau* de esta boda, ha sido objeto de las conversaciones de todas las personas que han acudido á visitar á los ilustres duques con motivo de este acontecimiento de familia.

La zarzuela *Pablo y Virginia* estrenada en el teatro de los Bufos Madrileños ha alcanzado buen éxito. No tiene las libertades que otras obras de las que se han puesto en escena en aquel teatro, y por eso aplaudimos la elección.

Se dice que vá á venderse el piano de Beethoven. Suponemos que no dejará de haber algun entusiasta dispuesto á dar cualquiera cantidad por este mueble, cuya genealogía no admitiríamos sin una justificación irrecusable.

Los periódicos anuncian ya las reuniones que van á tener lugar semanalmente durante el próximo invierno. Nos consta que son prematuras y aventuradas algunas de dichas noticias, y por eso nos abstenemos de repetir cuanto se dice sobre este punto.

Si quieres saber, hermosa, cómo ha de ser una niña para cautivar amantes y que no les cause risa; si el corazon de los hombres quieres que tus gracias rindan, no pienses, no, que se logra como muchas imaginan. No debes ser casquivana, ni boba, ni presumida, ni amiga de los paseos, ni de tertulias amiga. No te has de pirrar por ellos, ni tampoco ser esquiva, que si la miel empalaga, también enoja el acibar. No saigas á los balcones, ni en el tocador metida te pases las horas muertas para ponerte bonita. Atate el dedal bien prieto, dá vueltas por la cocina, y aunque manejes la escoba no parecerás mal vista. No mires á los galanes como quien lo solicita, que si lo conocen ellos, no los tendrás en tu vida. No te precies de curiosa, doctora, ni parlanchina, ni te envanezca el orgullo que parezcas polla en rifa, que si tienes estas prendas, aunque no peques de linda, mejor te querrán los hombres que á mil otras presumidas.

La promesa de cariño que se haga poniendo la mano sobre el costado izquierdo, nada significará desde ahora, pues han de saber nuestras suscriptoras, que en el reconocimiento de quintos practicado en Orense, se ha encontrado que uno de ellos tenía el corazon en el lado derecho.

